

DESÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA GENERAL 2.008

AUTORA: CONCHA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

FLORES ROTAS

Aquel día tenías, como hoy, un ramillete arco iris de flores silvestres en la mano y la inocencia de tus catorce años en la mirada. El viento mecía las ramas de los árboles y sus hojas, recién nacidas a la vida, susurraban algo parecido a la felicidad. Te habías sentado sobre una gran piedra, tibia por la caricia del sol, y te dejabas mecer por el rumor de un pequeño arroyo cercano que discurría con prisa, como si quisiera llegar rápido al río donde, de pronto, sin saber cómo, se convertía en adulto. Así te sentías tú, con ganas de crecer, de ser mujer, y tenías prisa. Querías que aquel compañero de instituto, dos años mayor que tú, dejara de tirarte de las coletas y de llamarte mocosa y te viera como la promesa de mujer que ya empezabas a ser.

Apartas un moscardón que revolotea a tu alrededor y rehaces el ramillete que sostienes en las manos. Predominan las amapolas y las lavandas, pero también hay margaritas, azulejos, genistas y otras flores silvestres, cuyos nombres no conoces, pero son también bellas e imprescindibles para formar el ramo arco iris. Tampoco conocías aquel día los nombres de los cuatro muchachos que viste aparecer a lo lejos por la senda que tú habías recorrido en soledad pocos minutos antes. Los conocías del instituto, sí, los veías jugar al fútbol y fumar en un rincón del patio, pero no eran de tu curso, ni de tu grupo. Ni siquiera eran de tu gusto.

No les prestaste atención porque, en aquel momento de plenitud y bienestar en el que te encontrabas, pensabas que nada, ni nadie, podría perturbarte.

Levantas los ojos y contemplas el paisaje. El cerro Orejudo se recorta contra la cordillera. Desde donde estás parece un gran monte, pero sabes que es mentira, es sólo tu posición y la perspectiva lo que le hace parecer tan señorial y majestuoso. Quizá también aquel día te engañó la perspectiva. Te sentías tan bien en tu soledad buscada que creías que nada en el mundo podría destruir aquel instante mágico. José, el compañero del que estabas enamorada, se había quedado jugando al fútbol en la pradera donde se había situado vuestro campo de operaciones, rodeado por una corte de admiradoras que le animaban y le aplaudían. Mientras, tú, ignorando el centenar de alumnos que se dedicaban a distintas actividades en aquella excursión escolar, habías elegido el camino de la soledad.

Una rapaz emite un agudo chillido y perturba tus pensamientos. Los sonidos que te rodean son tan familiares que cualquier cambio en ellos es interpretado en tu subconsciente como una agresión. La rapaz levanta el vuelo ayudada por una corriente templada de aire y desaparece en el horizonte de tus recuerdos. Tu entorno recupera sus sonidos: el zumbido de un abejorro, los trinos de los distintos pájaros, el canto de las cigarras, el moscardón insidioso que revolotea cerca. Hay armonía de nuevo a tu alrededor, la misma que había aquel día, mientras te soñabas convertida en mujer y deseada por aquel José que, ignorándote, jugaba en ese momento al fútbol.

A veces, en la vida, sólo hace falta un instante para que el mundo se cubra de oscuridad, una oscuridad amenazadora que lo abraza todo asfixiándolo, como una enredadera asfixia la planta a la que rodea. Así apareció la negrura en tu vida, de repente, sin preverla, sin percibirla. De pronto sentiste que tus catorce años se desbarataban,

como un castillo de arena arrastrado por una ola -más fuerte, o más ambiciosa que las demás- y que quedaban esparcidos en retales entre la hierba del camino, el agua del arroyo y las flores silvestres que unos momentos antes, cuando todavía no habías sido sorprendida por la adversidad, brillaban en tus manos adolescentes, poniendo a tu imagen el color que la maldad le acababa de arrebatarte.

Nunca supiste si todo transcurrió en un minuto o en una vida. Nunca si dolía el cuerpo o el alma. Nunca cuántos pares de ojos te miraban. Sólo sabes que cerraste los tuyos, intentando recordar el momento mágico que sólo unos instantes antes vivías. Sólo recuerdas que luchaste por creer que todo era un sueño y que, cuando los abrieras, desaparecería la pesadilla.

El sol, que se cuelga por las ramas del árbol bajo el que estás sentada a la orilla del río, se ha quedado prendido en tu cuello procurándote un calor que te ahoga. Pero no es el sol, es el recuerdo que en esta mañana de primavera ha aparecido de repente en tu mente haciéndote recordar un capítulo encerrado en algún recóndito rincón de tu memoria. No sabes qué llave le ha abierto la puerta, pero te duele. Intentas distraerte, volver al punto en el que la calma te envolvía, en el que algo parecido a la felicidad te acompañaba, pero no puedes. El resorte que ha traído a tu lado los recuerdos parece como si se hubiera averiado y no hubiera forma de desactivarlo. Respiras hondo, intentando deshacer el nudo que te aprieta el estómago y te centras en el paisaje que te rodea. No tiene nada que ver con aquel de entonces, es distinto, pero no el olor, ni el color, ni los sonidos, ni las sensaciones. Te das cuenta de que en algún momento has soltado las flores silvestres que tenías en las manos y que, ahora, están esparcidas por el suelo, como las otras del pasado.

Cuando abriste los ojos estabas otra vez sola, pero ya no tenías las flores en la mano, yacían mustias y rotas a tu alrededor, deshojadas, desvaídas. Los pétalos rojos de

las amapolas se confundían con la sangre y, sin su brillo, parecían un siniestro espejo de ti misma. Recuerdas que te levantaste lentamente del suelo, te lavaste en el arroyo, secaste tus lágrimas, rehiciste tu cola de caballo, colocaste tus ropas y emprendiste el camino de vuelta hacia donde estaba el grupo, sin acabar de saber exactamente qué te había pasado.

Cuando llegaste a la pradera nadie te notó nada. Todo el mundo jugaba o se divertía ajeno a tu drama. Te sentaste bajo un árbol, igual que lo estás ahora y callaste. Callaste también a la hora de la comida y en el autocar de vuelta, cuando tus ojos se cruzaron con los de tus agresores. Callaste al llegar a casa y en el instituto al día siguiente, y el de después, y el otro. Y tanto callaste y durante tanto tiempo, que ahora te sorprende que el recuerdo te hable, porque creías que, a fuerza de callarlo, había enmudecido para siempre y que nunca más podría hacerte daño.

El cerro Orejudo te mira con sus ojos milenarios y tú le devuelves la mirada. Te levantas y sumerges los pies descalzos en el río que discurre con calma a tu lado. No te das cuenta, pero una lágrima silenciosa se desliza lentamente por tu cara y cae en sus aguas confundiéndose con ellas. Es un río adulto, como tú, que esconde entre sus aguas mil secretos, por eso no le importa llevarse también el tuyo.